

Frenchmen

Iván Medina Castro

Universidad de Guanajuato

Y la había escuchado sin comprender,
sordo para todo lo que no
fuera el apremio de sus deseos
Alejo Carpentier
A Marie Laveau

Se escucha un ruido: zig, zig, zig. No, son sonidos, notas. Sí, acordes. Arropan con sutileza los muros de un ayuntamiento petrificado por el salitre pretencioso de un río anhelante por ser mar.

Los buques, encadenados al subsuelo por toneladas de acero oxidado, en vano ignoran el vaivén de la brisa que bailotea al ritmo de Ragtime. Por otro lado, las santeras se enfurecen ante los fracasos de la premonición y los hechizos que se niegan a llegar a la esencia de su fuente de inspiración.

Justo en la medianoche, las creyentes se cobijan en la cúpula húmeda de un campanario que impone con fuerza sacramental la hora en punto: ding-dong, ding-dong, ding-dong. Por un instante las santeras chupan la leche derramada de una ilusoria teta verde cobriza por el anhelo de un recuerdo de lo que fue la regencia de la Reina Bruja.

Doce y contar. Sosegadas las ahí reunidas, abandonan el refugio y se encaminan por los aires para convocar a otras de su especie. Mientras tanto, la luminiscencia bourboniana de forma religiosa seduce a los transeúntes foráneos impidiéndoles observar el revuelo en los cielos.

En la distancia, en el corazón del cementerio Lafayette, se detecta al sepulturero desabotonar la mortaja de un cuerpo a la luz de cirios añiles similares a bayas. Y aún más allá, en el camposanto Sant Louis, se escuchan motetes emitidos por centenares de espectros franceses que con arreglos florales militan por los adoquines de vías olvidadas durante Mardi Gras. Fantasmas que dejan entrever mausoleos alumbrados por el reflejo marmoleado de una luna llena inescrupulosa. ¡Esta es nuestra casa!, ellas claman a coro.

Las santeras arriban y entre lluviosas horas y delirios con aroma de azucenas, con cada paso se van desnudando y dejan divisar aquel espacio que reside en medio de lo celestial y lo pecaminoso, del deseo y lo prohibido.

Los soldados se tocan, sienten, gimen, se despojan de sus uniformes imperiales ante las creyentes que tras encantamientos exitosos logran devolverlos al tiempo y al espacio.

Con cada nota entonada, las almas purgantes recuperan la carnalidad sofocada y de forma indecorosa continúan su búsqueda sumergiéndose en la mucosa que produce la erupción del roce de cuerpo con cuerpo, ingle con ingle, carne con carne.

Quizá no las puedes escuchar, pero si cierras los ojos por unos instantes y te transportas.... poco a poco... las sientes. Si al menos te permitieras ver... Ahora son diez, cien, miles. Son insuperables. Y si te das la vuelta, y esta vez miras más allá, verás que sentada en la esquina de la calle Frenchmen reside la magia celestial que, suspiro tras suspiro, sudor tras sudor, sentimiento tras sentimiento, produce la melodía seductora que por siempre potencializará el poder de las palabras.